

DIÁLOGO DE CARMELITAS

- SOR CONSTANCIA: ¡Hermana Blanca, hermana Blanca, que se derrama la leche!
- SOR BLANCA: Me confundís con la hermana Engracia, querida hermana Constancia. Y no me parece la hora más oportuna de hacer comerciales cuando asuntos más graves preocupan mi mente.
- SOR CONSTANCIA: ¿Os referís a la Revolución Francesa? ¡Pero si hace más de ciento cincuenta años que sucedió y que fuimos guillotinas!
- SOR BLANCA: Nunca se borrará de mi pensamiento semejante desgracia, hermana. Sin embargo, lo que tiene ocupada mi cabeza ahora es una representación teatral a la que asistí hace pocas noches.
- SOR CONSTANCIA: ¿Habéis vuelto a las andadas? Ya la madre superiora os ha indicado que no debéis ir a la Tierra a ver teatro . . . Si no me dais una botella de rompo, se lo voy a contar. ¿Qué fuisteis a ver, hermana Blanca de la Force?
- SOR BLANCA: En la capital de la Nueva España vi una obra que se llama *Las monjas*.
- SOR CONSTANCIA: ¿De veras? ¿Basada en nuestra vida y en nuestra muerte como la que escribió Georges Bernanos?
- SOR BLANCA: No exactamente, aunque no puede negarse que hay una relativa similitud. También esas monjas mueren a manos de revolucionarios, y en cuanto a su aspecto, recordé un parlamento vuestro en la obra de Bernanos: “. . .en el vestuario se nos da un hábito por otro.”
- SOR CONSTANCIA: Sí, Bernanos puso en mi boca esa barbaridad que ni yo misma entiendo.
- SOR BLANCA: Yo tampoco entendí bien a bien lo que sucedía en aquel escenario de la farsa. Habéis de saber que las tres monjas que aparecen, vestidas con hábitos extraños, son hombres.
- SOR CONSTANCIA: ¿Qué me contáis? ¿A tanto ha llegado ya la evolución de la Iglesia? ¡Ya sabía yo que no iba a salir nada bueno de este último Sínodo de Obispos! Pero es natural, si

los sacerdotes quieren casarse, si las mujeres quieren ordenarse de sacerdotisas, ahora seguramente los homosexuales querrán formar sus órdenes de monjas.

SOR BLANCA: No habéis comprendido. No se trata de eso. El autor de esta obra pide que sean hombres disfrazados de monjas porque se supone que son asesinos perseguidos por los revolucionarios negros, y así disfrazados se esconden en un sótano y violan y matan a una mujer retrasada mental; luego uno de ellos, o de ellas, mata a un compañero que es mudo y luego . . . no sé qué sucede, porque la obra se termina cuando menos se lo espera una . . . Se supone que los revolucionarios entran y matan a los dos sobrevivientes, pero sólo se supone, porque también puede ser que una de ellas, o de ellos, haya escapado por el túnel que ha excavado. No sé . . . el caso es que la madre superiora echa de gritos pidiendo auxilio, se apagan las luces y el público no sabe qué hacer, si aplaudir, irse, quedarse, fumar un habano o cantar la Marsellesa.

SOR CONSTANCIA: ¡No nombréis ese himno a cuyos acordes nos guillotinaron en 1794! Pero si son los asesinos disfrazados de nosotras, ¿por qué decís “ellas”?

SOR BLANCA: Porque es parte de mi confusión. Aunque el público sabe ya que son hombres, ellos mismos se hablan como si fuesen mujeres.

SOR CONSTANCIA: Eso es muy común en la Tierra hoy en día.

SOR BLANCA: Ya os dije que no se trata de eso. Quizá el autor haya querido expresar una especie de locura entre esos hombres, o de irrealidad escénica, o de un estado sexual . . . Porque a pesar de lo que os he dicho, la obra es interesante.

SOR CONSTANCIA: ¿Cómo va a serlo si decís que al final no se comprende nada?

SOR BLANCA: Pero no por culpa del joven autor cubano Eduardo Manet, sino por culpa del director mexicano Héctor Mendoza. Cuando terminó la representación volé a Cuba . . .

SOR CONSTANCIA: ¡Sor Blanca! ¡Pudieron haberos confundido con un aeropirata!

SOR BLANCA: Tuve que arriesgarme para poder leer la obra original. En ella está muy claro el final: cada uno de los dos

sobrevivientes cava un túnel sin que el otro se entere, y hasta el último momento piensan que van a salvarse; pero el ruido de los tambores, de las campanas, de los gritos de los revolucionarios negros cada vez más cerca, indican al lector que los monjos, es decir, las monjas, no tendrán salvación. Pero hay un final, cosa que en la representación de la Nueva España no lo hay. Por eso repito que el público no sabía que ya se había terminado y se quedó en sus asientos, hasta que una señora comenzó a recorrer los pasillos gritando: ¡Ya se acabó! ¡Ya se acabó!

SOR CONSTANCIA: Será un público torpe, porque al ver a los cómicos inclinarse a agradecer los aplausos, debió comprender que la función se había terminado.

SOR BLANCA: Es que los actores no salieron jamás a agradecer las palmas. El director no se los permitió porque, según él, el director polaco Grotowski se opone a ello, y además en algunos teatros de Nueva York —*off Broadway, you know*— así se acostumbra. En la Nueva España se pasan la vida calcando a los demás. Son de un snobismo trasnochado verdaderamente insoportable.

SOR CONSTANCIA: Veo que no os gustó nada de lo que visteis.

SOR BLANCA: Pues veis mal, porque lo que vi me gustó mucho. Con lo único con lo que no estuve de acuerdo fue con ese final que mutiló una buena obra de teatro, sólo por enmendarle la plana al autor, por afán de notoriedad, por el clásico y muy nuestro *épater le bourgeois*. Pero la dirección es excelente y la ambientación más aún, con una especie de sótano de concentración nazi, rodeado de alambradas y guías de púas. Es un espectáculo alucinante, y si a eso agregáis un magnífico movimiento escénico, todo es perfecto, salvo, repito por enésima vez, el final. El director Mendoza echó a perder su buen trabajo por snobismo, que adiviné desde que vi los programas con una mano fotografiada y abajo el nombre del director.

SOR CONSTANCIA: “La mano férrea del director”. ¿No entendisteis el símbolo?

SOR BLANCA: Me repugna la simbología obvia. Debo deciros que el cómico, o actor como se llama ahora, Carlos Bracho, es

un estupendo histrión y revive sus pasadas glorias alcanzadas en *Kean*. Y un muchacho nuevo llamado Alfonso Meza se muestra también espléndido, y el mudito Alejandro Morán hace una muy buena labor. Con deciros que hasta la señora Samara de Córdoba, de nombre tan antiguo, está bien . . . Eso indudablemente se debe al director.

SOR CONSTANCIA: Estáis confusa, sor Blanca. Lo mismo criticáis que alabáis a ese buen hombre de la mano retratada. Vayamos a tomar un cordial con la Priora .

SOR BLANCA: No puedo. He visto un programa de París en que se anuncia la reposición de *Diálogos de carmelitas*, y me voy volada a verla. *Au revoir*.

7 de noviembre de 1971

ALGO EXTRAORDINARIO EN ESCENA

Por fin, a los diez meses del año del Señor de 1971, hemos podido ver algo verdaderamente extraordinario en el teatro de México. En este año calamitoso en todos los sentidos, también el teatro se vio resentido, aunque no sólo por la falta de público, como sería lo lógico, sino por la mala calidad de las obras, o de los directores, o bien de los actores. En quince años que llevo viendo todo lo que se representa en la capital, no me había nunca encontrado con un año como este que estamos viviendo en lo que a pobreza teatral se refiere. Ya estaba resignado y esperaba, como todo ciudadano, el advenimiento del año próximo, a ver si cambiaba el estado agonizante de nuestra escena. Pero he aquí que el año de 1971, después de su periodo de gestación más o menos normal, ha dado a luz una hermosa obra, una dirección que puede catalogarse de la más importante en mucho tiempo, de unas actuaciones que difícilmente puedan verse de nuevo. Todo ello hace que las esperanzas renazcan para aquellos que amamos el teatro y sufrimos con él en sus malas épocas, que son perennes. Cuando puede verse un espectáculo como este del que me ocupo,